

Franklin Franco Pichardo\*

## ➤ La ideología de la dictadura de Trujillo

La República Dominicana, en la visión de los ideólogos de la dictadura de Trujillo, no constituía un pueblo adecuado a la forma civilizada de vida democrática. Por ello, “los métodos de disciplina, si se quiere exagerados, son imprescindibles en el vivir de los dominicanos” (Peña Batlle 1955: 86). De ahí la necesidad de un régimen fuerte, que impusiera orden. “La democracia dominicana –en consecuencia– debe ser una democracia *sui generis*. Y ello así, porque la democracia, como la entienden y ejecutan otros países, es lujo que no podemos gastarnos nosotros” (Balaguer 1955: 4).

Todo nuevo sistema ideológico acusa un largo período de gestación y obedece a causas históricas. A su vez, siempre es la consecuencia del surgimiento de nuevas fuerzas sociales en la palestra de la historia. Por tales motivos, puesto que el advenimiento de Trujillo no significó ningún cambio en el orden social del país, el sistema teórico que le sirvió de soporte registra la continuidad de viejas elaboraciones procedentes del pensamiento de la oligarquía dominicana. La visión de este conglomerado estigmatiza la historia del pueblo llegando incluso a la deformación general del proceso. Del pasado de la República sólo se presentan los aspectos grotescos y las vicisitudes vividas a causa de las guerras intestinas.

En los primeros años del régimen de Trujillo, Fabio A. Mota (1938: 116) afirma: “Sólo se nos vio apandillados para cohibir tentativas nobles, o para menoscabar bien reputados, merecimientos personales, o para destruir todo cuanto erigió la nobleza. Todo el mundo sabe aquí, que de esa maña no escaparon ni siquiera los creadores de la patria, cuya gloria hemos puesto públicamente en tela de juicio”. El propio Trujillo, en uno de esos discursos habituales, explica en estos términos la vida azarosa del país en los últimos años:

Durante más de medio siglo, nuestro pueblo vió detenerse para él la marcha del progreso. Varias generaciones de dominicanos no conocieron sino el estupor de su inútil sacrificio, y el resultado se tradujo en una desconfianza general que hacía imposible todo esfuerzo de rehabilitación. La imposibilidad de gobernar no era, pues, un problema material susceptible de ser abordado con medidas exteriores, sino que tenía el carácter de una profunda dolencia moral que afectaba la psicología de nuestro pueblo. Y no fué sino en estas circunstancias cómo hube de asumir el poder, por primera vez, en agosto de 1930.

En tales circunstancias, lo que llamó más poderosamente mi atención fueron las inexplicables disensiones que dividían a la familia nacional. La desconfianza y la duda habían hecho de nuestro pueblo un complejo laberinto de pasiones sobre el cual resplandecía, a veces, la

---

\* Franklin Franco Pichardo ha sido profesor de la Universidad Autónoma de Santo Domingo durante más de dos décadas y profesor invitado de varias academias de América y Europa.

mortecina luz de una esperanza que apagaba de continuo el torbellino de las más desmedidas y más torpes ambiciones<sup>1</sup>.

Es esta visión catastrófica de la vida del país, lo que justifica ideológicamente los principios paternalistas del gobierno “fuerte” expresados con cierto criterio divinizante. Por tales motivos, la historia del país se divide en un antes y un después de Trujillo. Sólo después de su acceso al poder, “esto es, después de cuatrocientos treinta y ocho años del Descubrimiento, es cuando el pueblo dominicano deja de ser asistido exclusivamente por Dios para serlo igualmente por una mano que parece tocada desde principio de una especie de predestinación divina: la mano providencial de Trujillo”<sup>2</sup>. En ese mismo sentido, Peña Batlle sostiene que “en la personalidad de Trujillo y en el sentido de su obra hay la acumulación de fuerzas trascendentales, casi cósmicas, destinadas a satisfacer mandatos ineluctables de la conciencia nacional”. Y continúa el citado autor: “Trujillo nació para cumplir un destino inminente, imponderable, fuera de toda previsión sentimental” (Peña Batlle 1955: 9).

Trujillo aparece en la concepción de sus ideólogos como el padre, el guía, el maestro, líder y salvador de su pueblo. Anteriormente, refiere el mismo autor ya citado, “el país vivió porque la mano de la Providencia lo sostuvo en medio de su catástrofe y porque la mano invisible parece velar misteriosamente sobre su suerte azarosa”. Pero ahora –continúa Peña Batlle– “es cuando por primera vez interviene una voluntad aguerrida y enérgica que secunda, en la marcha de la República hacia la plenitud de su destino, la acción tutelar y bienhechora de aquellas fuerzas sobrenaturales” (1955: 96). En consonancia con tales principios, todos los mecanismos de propaganda del Estado fueron utilizados sistemáticamente para imponer en la mente de todo el pueblo esta visión casi teocrática del mandatario.

Debemos señalar que el régimen puso marcado énfasis en introducir tales ideas en la educación nacional. Para dichos fines fueron elaborados manuales de historia y educación cívica. En uno de estos manuales, la *Cartilla Cívica*, escrita por el mismo Trujillo, aparecen los siguientes criterios dirigidos a caracterizar a los opositores: “Debes ver en cada revolucionario un enemigo de tu vida y de tus bienes”; y: “Si por tu casa pasa un hombre que quiere alterar el orden, hazlo preso: es el peor de los malhechores. El criminal está en la cárcel, ha matado a un hombre o se ha robado alguna cosa. El revolucionario quiere matar a todos los que pueda y cogerse todo lo que encuentre: lo tuyo y lo de tus vecinos: ése es tu peor enemigo” (Balaguer 1955: 277, 280). Este decálogo llegó incluso a ser usado en las escuelas primarias como.

El armazón conceptual e ideológico de la dictadura no permaneció estático. Si bien determinadas ideas nunca fueron modificadas, ciertas coyunturas políticas externas influyeron en él en varias oportunidades, contribuyendo a ligeras modificaciones. Por ejemplo, durante la Segunda Guerra Mundial, los primeros avances de las fuerzas alemanas hicieron pensar a muchos funcionarios del régimen y al propio Trujillo en la posibilidad del triunfo del fascismo. Por esta razón, los ideólogos trataron de adecuar su sistema ideológico a esa realidad, sin olvidar principios básicos que tenían como epicentro la exalta-

<sup>1</sup> Discurso pronunciado en 1938; en: Balaguer 1955: 89.

<sup>2</sup> “Dios y Trujillo”, discurso de Joaquín Balaguer; cit. por Nanita (1951: 58).

ción forzosa de Trujillo. Aquí se inicia el período fascistoide de la ideología trujillista. El “Jefe”, entonces, es presentado como un “doctrinario del neosocialismo dominicanista”, al decir de Mota, uno de sus primeros ideólogos (1938: 122). En sus “elocuentes discursos que son la historia de esta luminosa reconstrucción, se encuentran los principios básicos de esta orientación”, en los cuales se presenta la ciencia del gobierno en tres aspectos urgentes: “Política de Estructuración de la Entidad Pueblo”, “Política de Educación Cooperativista”, y “Política de Profilaxis Social y de Eugenesia” (1938: 116).

Pero tales criterios constituyen más bien un escamoteo teórico frente a la posibilidad del triunfo del fascismo. Pues, dada la prontitud con que pasaron estas quimeras, cuando el avance de la fuerza alemana comienza a ser frenado por los aliados, Peña Batlle, “el más sagaz y decidido intérprete de las ideas políticas de Trujillo” según Emilio Rodríguez Demorizi<sup>3</sup>, en lo que parece ser un llamado al orden, en 1943, oportunamente recuerda: “La suerte de nuestra nacionalidad está fatal e indisolublemente ligada a la de nuestra vecina del norte; los caminos de su éxito son los del nuestro, las rutas de su caída han de ser también las de la nuestra” (1955: 17).

El mismo fenómeno ocurrió años después, al final de la Segunda Guerra Mundial. La decisiva participación de la Unión Soviética dio pie no sólo a una seudoliberalización momentánea del régimen, sino, a su vez, a otras modificaciones ideológicas, pero en dirección totalmente opuesta. En esta ocasión, el propio Trujillo se encarga de introducirla: “Nuestro país ofrece hoy una de las más avanzadas legislaciones de América, que ensancha sus proyecciones en lo social hacia principios socializantes” (Almoína, 1950: 142). Y más adelante (en 1946), cuando por primera vez se organiza un partido de tendencia comunista, al ver la fuerza que comienza a tomar la oposición a su régimen, el “Jefe” declara:

Es bueno que repitamos el pensamiento de uno de los más eminentes tratadistas del socialismo moderno: “El ideal del socialismo es grandioso y noble y yo estoy convencido de que su realización es posible; pero ese tipo de sociedad no puede fabricarse; tiene que crecer. La sociedad es un organismo, no una máquina.” Me parece, Señores, que la República ha entrado en un alto clima de civilidad y que a lo largo de mi gobierno he demostrado que no sólo sé desear, sino lograr que mi pueblo sea plenamente feliz (Almoína, 1950: 302).

Dentro del marco ideológico de la dictadura, podemos encontrar otros aspectos no inherentes exclusivamente a su sistema particular de gobierno y que expresan de manera más pura la continuidad del sistema general de creencias de la oligarquía en la sociedad dominicana. La continua vigencia de tales ideas en el seno del pueblo, reiteramos, ha sido el resultado de una sistemática campaña de tergiversación de la historia del país, que se origina en la primera mitad del siglo XIX, elaborada cuidadosamente por la intelectualidad oligárquica. Los aspectos a que quiero hacer referencia, estrechamente vinculados entre sí, son los siguientes:

1. La exaltación de la cultura hispánica y todo lo español en la formación de la nación dominicana;
2. El prejuicio racial expresado bajo camuflaje de antihaitianismo.

<sup>3</sup> En el prólogo a Peña Batlle, 1955: 8.

En el mensaje ideológico estos dos elementos se presentan inextricablemente unidos, pero vamos a tratar de separarlos para los propósitos de nuestro análisis.

El problema viene de viejo y ha subsistido en nuestro medio gracias a los tesoneros esfuerzos del pensamiento oligárquico, por encima de coyunturas históricas que le han arrancado de raíz todo sustento material. En el siglo XIX, por ejemplo, observamos ya cómo el rasgo ideológico de la “hispanidad” atravesó, después de la Guerra de Restauración, su más profunda crisis. Todo indicaba que, como consecuencia natural de la derrota sufrida por las tropas anexionistas españolas (1863-65) a manos de los patriotas dominicanos, la exaltación de los valores culturales, morales y espirituales de la hispanidad iba a derrumbarse conjuntamente con el viejo armazón ideológico. Pero no ocurrió así. Todo lo contrario: los principales cómplices de la anexión al poco tiempo resucitaron como dirigentes políticos y como guías intelectuales del pueblo; y si bien en lo inmediato no entonaron de nuevo “el canto de la hispanidad”, como primer paso táctico hacia la resurrección de su viejo estereotipo, orientaron su actividad hacia dos vertientes: a demostrar la incapacidad congénita del pueblo dominicano en razón de su origen negro, y a exaltar la figura del indígena. Hay que observar que esto ocurría en una sociedad integrada por negros y mulatos, donde la raza aborígen, como consecuencia de la política de exterminio de la colonización española, no había dejado rastros. Pero en aquel momento había necesidad de levantar cualquier bandera, frente a la insurgencia “insolente” que en el plano social habían desatado negros y mulatos, a raíz de su importante participación en la Guerra de Restauración contra España entre 1863 y 1865, cuando negros puros conquistaron incluso el generalato.

El indigenismo, como se recordará, surgió con una novela histórica: *Enriquillo* (1879/1882), escrita por Manuel de Jesús Galván, director del único vocero oficial de las tropas de ocupación de España y secretario del comandante supremo del mismo ejército. Para sus fines, la leyenda aborígen de Enriquillo, documentada por Las Casas y Oviedo, resultaba ideal: Enriquillo era un indio españolizado y cristianizado que había tenido la grandeza de protestar y rebelarse contra la ignominia que, desde el punto de vista personal, le habían infligido los colonizadores españoles; pero también había tenido la flaqueza de pactar con la monarquía española y de dictaminar con ese pacto la entrega de sus propios compañeros y de negros esclavos huidos de las haciendas de sus amos, que le habían acompañado en su rebelión en las montañas del Bahoruco. Se exaltan los detalles relativos a los problemas personales del protagonista, víctima de un colono español que roba e intenta incluso violar a su mujer, y en torno a ellos se desarrolla toda la trama de la obra; el pacto con los españoles sólo se menciona de pasada o se soslaya.

De tal manera la novela *Enriquillo*, cuyo personaje central conquistó en la literatura el título de cacique, fue elevada, desde el siglo pasado, a la condición de lectura obligatoria por el sistema de enseñanza oficial, cumpliendo así su papel de puente ideológico que permitió la rehabilitación de la concepción españolizante. En otras palabras: en los precisos momentos en que se hacía posible romper con los criterios ideológicos racistas, que impedían el surgimiento de nuevas concepciones que exaltarán las verdaderas raíces culturales y étnicas nacionales, *Enriquillo* surgía como un instrumento ideológico que desviaba al pueblo de su propio camino y lo retornaba a los viejos estereotipos creados por el pensamiento oligárquico.

La exaltación de los valores hispánicos fue una herencia recogida con toda fidelidad por el sistema ideológico del trujillato. Incluso desde el punto de vista personal, Trujillo

intentó acentuar su ascendencia española, al tiempo que mantenía permanentemente una intensa campaña propagandística dirigida a mostrar la unidad cultural entre la República Dominicana y su vieja metrópoli. He aquí, en pocas líneas, la interpretación oficial del régimen acerca de la independencia nacional:

Nuestras guerras de liberación, iniciadas de hecho en este Baluarte en el año 1844 y continuadas con arrojo sin igual hasta el año 1856, respondieron a una doble finalidad: la de alcanzar nuestra independencia nacional y consolidar la vida de la República, y la de defender los valores espirituales de la cultura hispana<sup>4</sup>.

El segundo aspecto a considerar, aunque sea brevemente, es el prejuicio racial, otro importante componente ideológico, estrechamente ligado al anterior. Debemos subrayar, que la intelectualidad de la oligarquía manipuló la historia del país, levantando sobre todo en base a las diferencias surgidas en el curso de la Guerra de Independencia (1844-1856) entre la República Dominicana y Haití, un profundo sentimiento antihaitiano, que fue utilizado para cimentar el prejuicio contra los negros.

Dentro del esquema ideológico del trujillato, el antihaitianismo, que se expresaba en una supuesta constante amenaza de invasión haitiana a la República Dominicana, fue un elemento capital, en la medida en que justificó la organización de uno de los más poderosos ejércitos de América Latina. Fue este ejército el principal sostén de la tiranía; y fue la exacerbación sistemática de este prejuicio, excusado por la constante inmigración ilegal de trabajadores haitianos hacia territorio dominicano, lo que condujo a la horrible matanza de cerca de 15.000 ciudadanos de esa nación ordenada por Trujillo en 1937.

## Bibliografía

- Almoína, José (1950): *Yo fui secretario de Trujillo*. Buenos Aires: Editora y Distribuidora del Plata.
- Balaguer, Joaquín (ed.) (1955): *El pensamiento vivo de Trujillo (Antología)*. Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana.
- Mota, Fabio A. (19389): *Prensa y tribuna. Exponentes de valoración del generalísimo Trujillo como estadista*. Ciudad Trujillo: Ed. "La Nación".
- Nanita, Abelardo R. (1951): *Trujillo*. Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana.
- Peña Batlle, Manuel Arturo (19554): *Política de Trujillo*. Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana.

---

<sup>4</sup> Discurso pronunciado por Trujillo en el Altar de la Patria, en el Centenario de la Independencia, el 27 de febrero de 1944; en: Balaguer, 1955: 99.